

Nicea Hoy

Alberto Espezel ^{1*}

Del subordinacionismo moderado o ingenuo al subordinacionismo extremo

Por subordinacionismo entendemos la doctrina que sostiene que las personas del Hijo y del Espíritu Santo son inferiores en dignidad a la persona del Padre. De alguna manera esto conlleva una preeminencia paterna, a veces con formas de monarquianismo: “El Padre es mayor que yo” (Jn14,28). (Interpretado en nuestros días en relación a la misión trinitaria del Padre que envía).

Este subordinacionismo es muy común en los siglos II y III, con la excepción seguramente de san Ireneo, que no parece incurrir en él, y que muestra su fidelidad notable al Nuevo Testamento, en un medio muy helenista y favorable a concepciones con formas de gradualismo del ser divino, ajenas a un creacionismo bíblico estricto, con una clara distinción entre Creador y creatura, dentro de lo que llamaríamos una analogía del ser. Orígenes mismo no escapa a esta corriente.

¿Cómo se pasa de un subordinacionismo moderado a uno extremo como el de Arrio? Extremo en el sentido que conmueve el *sensus fidei* y provoca el llamado a un concilio, ahora ecuménico, para que decida y sancione la proposición de fe verdadera, que, como sabemos, tardará en decantar, ya que el arrianismo durará largo siglos, incluso entre nuestros abuelos visigodos.

La negación explícita de la estricta divinidad del Hijo, considerado como creado (Ecl 24,8), por voluntad del Padre, sin comunión ni verdadero conocimiento del Padre, con un comienzo temporal y sometido al cambio y pasiones o sufrimientos en Jesucristo, lleva a Arrio a sostener esta forma de

^{1*} Sacerdote de San Isidro. Profesor de Cristología en la Facultad de Teología (UCA). Miembro del Consejo de Communio argentina.

subordinacionismo. Considera que Dios es in-engendrado y sólo el Padre es inengendrado. El Hijo es entonces ineludiblemente creatura, traída a la existencia por voluntad del Padre al comienzo del tiempo, y mediador de la creación (mediador cosmológico), no mediador salvífico (no nos obtiene la filiación adoptiva en El).

El centro de Nicea: el homousios

El centro del credo de Nicea está constituido por la afirmación de que el Hijo es de la misma sustancia del Padre y es consustancial con Él, y por consiguiente es generado y no producido o creado. De modo que la única sustancia divina es compartida por ambas personas del Padre y el Hijo (y también el Espíritu Santo, Const. I).

La única sustancia divina es tri-personal: el Padre genera espiritualmente al Hijo, quien tiene la misma dignidad del Padre, Generado, no creado, no producido, no hecho (*ou poiéthenta*). La generación del Hijo indica también una mutua *relación* con el Padre. De modo que esta generación es eterna, existe desde siempre, antes de todo tiempo, y no depende de la voluntad creadora de Dios: existe como libre misterio de amor por los siglos de los siglos, más allá y antes de todo plan libre creador y salvífico de Dios. Y ambos, Padre e Hijo, espirarán desde siempre y eternamente al Espíritu Santo, como subrayará el concilio Constantinopolitano I del 381.

El misterio de la vida de amor tripersonal de Dios existe desde siempre en sí misma. Libremente se ha abierto a su participación por los hombres en la vida definitiva bienaventurada, comenzando por la creación, la primera alianza y luego la salvación redentora (con la donación de la filiación adoptiva, objetivo de la encarnación redentora), la que llamamos Trinidad económica, que expresa la Trinidad en sí misma (Trinidad inmanente) y no es otra que ella misma. El misterio creador y redentor de Dios es libre, de modo que la vida personal intratrinitaria de amor no necesita la creación y redención para constituirse a sí misma ni ser ella misma.

Ciertamente conocemos el misterio trinitario gracias a su apertura en la economía, gracias a las misiones del Hijo y del Espíritu, que nos han abierto primero el Antiguo Testamento y de una manera especial el Nuevo Testamento hablándonos de Dios. Pero a partir de ahora, de Nicea, ya no podremos obviar

la diferenciación entre Dios en sí (Trinidad inmanente) y Dios en sus misiones trinitarias (Trinidad económica).

La fe prenicena en las personas trinitarias adquiere ahora un relieve y una precisión nuevas, y ello no ha de llevarnos a olvidar el camino de reflexión recorrido, sabiendo que siempre la misión trinitaria ilumina la procesión (es su prolongación) y las relaciones personales correspondientes.

Toda la vida de la Iglesia, la liturgia celebrada, resplandece y refleja las misiones trinitarias. La misma Eucaristía es, a su modo una *missio sacramental* que construye el cuerpo eclesial por medio del cuerpo sacramental (Lubac: *Corpus Mysticum*).

Nicea al servicio del NT

El concilio de Nicea utiliza un lenguaje filosófico común para explicar la filiación divina del Hijo (*homousios*), tal como está expresada en el Nuevo Testamento, especialmente en los evangelios (oración de Jesús: “Abbá, Padre” (Mc 14,36), en Pablo (Rom 8,15), Hebreos y Juan. El uso del término *ousía* conlleva un lenguaje helenístico para mentar una realidad filial del Hijo en relación al Padre: esta realidad es neotestamentaria. La expresión griega es causada en tanto dirigida a un medio greco-helenístico en el que los Padres del concilio y Arrio vivían.

Pero mientras que Arrio era tributario, ya de un monoteísmo estricto veterotestamentario, ya de un clima helenístico más o menos plotiniano con una preeminencia absoluta del Uno, los Padres de Nicea, siguiendo el camino del Nuevo Testamento, muestran que el Hijo está generado por Dios (el Padre) en el Espíritu, desde siempre y para siempre, y no creado o producido. Generado entonces en distinción y oposición a creado. El lenguaje griego está al servicio de la novedad absoluta del Nuevo Testamento: el Dios cristiano es Uno, pero Nicea y Constantinopla I al mismo tiempo muestran tres personas o hipóstasis relacionadas radicalmente entre ellas (subsistencias relacionales).

No hay entonces helenización del contenido creído, sino expresión griega y cristianización del genuino contenido creído transmitido por la palabra del Nuevo Testamento. El contenido permanece intacto, es explicitado e iluminado. Se toma conciencia de la hondura de esta realidad nueva de la comunión

relacional de personas en el Dios uno y trino y de nuestro llamado a participar de ella.

Si la Iglesia se hubiera extendido en otras culturas orientales, quizás el lenguaje para expresar el misterio hubiera sido otro. Pero el mismo Nuevo Testamento, que como sabemos nos llega en griego, muestra que las primeras misiones de evangelización, en forma paulatina, se expandieron en un medio helenístico. La iglesia antigua se inculturó en aquel medio y ello también siguió una cierta ley de la encarnación.

A la estricta unidad de Dios del helenismo, Nicea agrega la pluralidad de personas relacionales, que no constituyen una deficiencia del ser, sino una perfección en el ser de Dios, la alteridad al interior de Dios. Y utiliza el *homousios* griego que muestra cómo el pensamiento griego ayudó al cristianismo a aclarar conceptualmente la fe.

Negaciones contemporáneas de Nicea

Desde el siglo XVIII, en el marco de un estudio crítico e histórico de las fuentes bíblicas, aparecen cuestionamientos agudos sobre el sentido de la divinidad propia del Hijo encarnado, de Jesús de Nazaret. El necesario y comprensible replanteamiento histórico de las fuentes del Nuevo Testamento y su inspiración, encarado en forma sesgada, llevó poco a poco a cuestionar la verdad de la divinidad filial de Jesús, desde presupuestos filosóficos.

David Friedrich Strauss (1808- 1874) y *Ernest Renan* (1823-1892)

En un registro también filosófico y de corte hegeliano, David F. Strauss sostiene el carácter mitológico de la encarnación del Hijo, como cristalización y concreción de la encarnación de Dios en la humanidad. El Dios encarnado es la humanidad y la reunión de ambas naturalezas. Por consiguiente, los milagros no existieron, son míticos, no tenemos testigos oculares de ellos. Los textos del Nuevo Testamento son contradictorios. Muestra la incomodidad de la Ilustración frente al milagro. Son míticas la concepción virginal, la transfiguración, la Resurrección.

Opone el Jesús histórico -idea de Jesús- al Cristo de la fe, el Mesías, proyección mítica que pide una desmitologización. En él está totalmente ausente la figura recordada (Guardini, Dunn, Balthasar) que rebalsa y supera los

testimonios. Como se puede ver, estamos bien lejos del Hijo coeterno y consubstancial al Padre de Nicea.

Ernest Renan (1823-1892) sigue el camino de Strauss, con un buen conocimiento de la Biblia y una excelente condición narrativa, y traza la imagen de un Jesús extraordinariamente bondadoso y atento a las necesidades de pobres y enfermos, figura romántica y atractiva, de una gran dulzura. Considera su relación con Dios como un hijo con su padre, y consecuentemente predica una fraternidad universal. Deja crecer el número de sus seguidores. En Judea ataca la ley y entra en conflicto con los poderosos. Los milagros son mitológicos y la Resurrección es ilusoria. Subraya las contradicciones de los evangelios entre sí de modo tal que es imposible una hermenéutica de acuerdo en ellos, con un realismo crítico (Dunn).

La figura resultante de Jesús es carente de su raigambre ontológica filial trinitaria como lo muestra la Tradición desde Nicea. Su *Vida de Jesús* tuvo una inmensa popularidad en su tiempo, incluidos nuestros liberales del siglo XIX.

Adolf von Harnack (1851-1930)

Es el teólogo de la *helenización del dogma*, helenización que dañaría la pureza del origen del Nuevo Testamento. Estudia el cristianismo primitivo. La helenización es una caída irreparable del contenido neotestamentario por una construcción del espíritu griego ajena al verdadero contenido del evangelio: paternidad de Dios, providencia, filiación, fraternidad, perdón. Jesús es el maestro ejemplar. Se trata de volver al origen, la esencia del cristianismo. Visto en perspectiva, Harnack es el anti Newman del *Development of the Christian doctrine*.

La esencia del cristianismo está constituida por la gracia de la justificación asumida invisiblemente. No hay verdadera preexistencia del Hijo en Dios, de modo que Nicea es negada y considerada como helenización y ontologización. Niega también la validez de los concilios cristológicos y la concepción virginal. Devalúa el mundo litúrgico sacramental.

Alfred Loisy y el modernismo (1857-1940)

Devalúa los relatos de la infancia de Jesús y cuestiona la idea de que la preexistencia del Hijo se encuentre en los evangelios, aunque se encuentre en

Pablo. Tiene un muy buen conocimiento de la exégesis de su tiempo. “No creo más en la divinidad de Jesús que Harnack o Réville, y *veo la encarnación de Dios como un mito filosófico*. Cristo tiene menos lugar en mi religión que en la de los protestantes liberales, dado que no le doy tanta importancia como ellos a la revelación de Dios Padre, que respetan en Jesús. Si soy algo en religión es más bien panteo-positivo-humanitario que cristiano”.²

No cree en la concepción virginal ni en la Resurrección de Jesús. Ya en 1904 afirma que la encarnación personal de Dios es un mito filosófico. Sacerdote secularizado, pierde su fe en la filiación divina verdadera de Jesús. Loisy es condenado, en un clima muy polémico, por San Pío X.

En la actualidad

Paul Knitter: ex sacerdote del Verbo Divino, casado. Estudió en la Universidad Gregoriana y en la universidad de Marburg.³ Knitter sostiene un reinocentrismo práctico. Es de origen católico, aunque con poca preocupación por el magisterio. Parte de la realidad del pluralismo religioso. Sostiene una teología del pluralismo religioso.

Para el autor se dan diversas revelaciones, también en otras religiones. Por consiguiente, existen diversas fuentes normativas teológicas: Biblia, tradición y también la experiencia actual, que es lo más importante. Para Knitter, la Trinidad da fundamento a una doble economía: la del Logos y la del Espíritu. En su reflexión prevalece la praxis sobre lo doctrinal. Brinda poca atención a Calcedonia y los concilios, y a la tradición eclesial.⁴

Defiende una cristología que invita al seguimiento y la praxis de amor. Admite otras revelaciones más allá de la revelación de Jesús. Jesús es mediador, pero no único, ya que hay otros posibles mediadores, ya que hay otras revelaciones y salvaciones verdaderas.⁵

² Carta del 7.6.1904, cf. Guitton, Jean, *Oeuvres Completes, Critique religieuse, La pensée de M.Loisy*. Desclée de Brouwer, 1968, 231/1.

³ Para el pensamiento de P. Knitter nos guiamos con los libros de K.H. Menke, *Jesus ist Gott der Sohn*, Pustet, 2008, Regensburg, y G. Urbarri Bilbao, *La singular humanidad de Jesucristo*, Comillas-San Pablo, Madrid, 2008.

⁴ G. Urbarri, op.cit. 262.

⁵ G. Urbarri, op.cit. 266-267.

La revelación en Jesús no es completa y acabada. Hay presencia de Dios en otras tradiciones religiosas (*Lumen Gentium* 16). La revelación en Jesús no es insuperable ni completa.⁶

Deslinda también la posibilidad y realidad de una revelación por el Espíritu además de la otra revelación por Cristo. Esto lo lleva a no dar cuenta de la singularidad de Jesús por ser Hijo, preexistente y encarnado. Knitter presenta una jesusología sin los títulos de una alta cristología. Desestima entonces los títulos de Hijo de Dios y de Mesías. Llega a afirmar que la divinidad de Jesús constituye algo mítico.⁷

Su pensamiento culmina en una pura reinología. Jesús es *profeta del Espíritu*. Título preferido por Knitter para referirse a Jesús.

El mismo Nuevo Testamento pasa de hablar del reino, a hablar de Cristo Hijo de Dios muerto y resucitado. La muerte de Jesús abre a una humanidad transformada: sin fundamento verdadero en el Nuevo Testamento. Jesús invita a construir el Reino y transformar la sociedad.⁸

Knitter sostiene que cada uno tiene su verdad, no hay una verdad objetiva en sí. Recordamos a Jn 14, 6: “yo soy el camino, la verdad y la vida”. Jesucristo, el Verbo encarnado es la Verdad, lo cual no impide el diálogo interreligioso. Knitter piensa que hay que postular acuerdos con otras tradiciones religiosas.

A la hora de un balance teológico, vemos que Knitter devalúa Calcedonia y los concilios posteriores, y de alguna manera también a Nicea, que como hemos visto, conlleva el reconocimiento de la dignidad del Hijo, consubstancial al Padre. Infravalora de este modo la Trinidad y la antropología teológica. Por consiguiente, devalúa la mediación única de Jesucristo, Dios y hombre (1 Tim 2,5: “hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre El también”), postulando una revelación y mediación por el Espíritu, distinta o diversa de la mediación por Cristo. De este modo desgaja o desarticula la revelación por el Espíritu, de la revelación por Cristo. Quedan desvinculadas las misiones del Espíritu y del Hijo, en pos de una mediación pluralista del Espíritu, diversa de la del Hijo.

⁶ G. Uríbarri, op.cit. 268.

⁷ G. Uríbarri, op.cit. 270-272.

⁸ G. Uríbarri, op.cit. 275.

Jacques Dupuis (1923-2004)

Sacerdote jesuita, muerto en el 2012, después de largos años de misionero en la India. De allí su preocupación misionera en relación con otras religiones. Después de enseñar en la India, fue profesor de teología de las religiones en la Universidad Gregoriana de Roma.

Su intuición teológica fundamental es la de subrayar las semillas del Espíritu Santo existentes en diversas tradiciones religiosas, hasta el punto de sostener la existencia de auténticas revelaciones en ellas, de modo de sugerir una cierta complementariedad de revelaciones entre ellas y la revelación en Cristo. De modo que en el plan de Dios coexistirían diversas revelaciones, ya a través de Cristo (y su Espíritu), ya a través del Espíritu Santo (o del Logos *asarkos*, no encarnado), por su propia parte, con una problemática articulación con la mediación y revelación por Jesucristo, el Logos encarnado.

Dupuis presenta un nuevo modelo de pluralismo inclusivo. Queda omitido el carácter absoluto y único de la revelación en Jesucristo. El Padre es entonces el único salvador absoluto. Jesucristo sí puede ser un Mediador absoluto entendido como analogado principal de otras mediaciones participadas. Estas mediaciones de otras religiones están relacionadas con la mediación de Jesucristo. El lenguaje sobre lo absoluto no parece adecuado para Jesucristo.⁹

El *homousios* de Nicea muestra por el contrario a un Hijo que es Dios en sentido fuerte y absoluto, y por consiguiente enviado y mediador, en contradicción con lo afirmado por Dupuis, que defiende un pluralismo de principio. Se trata de pensar el pluralismo de las religiones en el plan de salvación de Dios.¹⁰

Hay que tolerar el pluralismo religioso como *de facto* o aceptarlo *de jure*. Defiende la pretensión de ver el significado positivo y el *valor salvífico* de otras tradiciones religiosas en el único plan divino para la humanidad.¹¹ Y consecuentemente reconoce una *presencia de la gracia* en las religiones, antes y

⁹ J. Dupuis, *Truth*, 244.

¹⁰ J. Dupuis, *Hacia una teología del pluralismo religioso*, Sal Terrae, 2000: en adelante TP 298.

¹¹ J. Dupuis, *El cristianismo y las religiones. Del desencuentro al diálogo*, Sal Terrae, 2002: en adelante CR.

después de Cristo. Con una presencia propia de la gracia, ya no ligada a la humanidad de Cristo, proveniente del Logos y del Espíritu en su acción universal, y más allá de la humanidad de Cristo.¹²

Dios se encuentra en su Logos y en el Espíritu en estas otras tradiciones religiosas de un *modo operativo, real y salvífico*, de modo que median y operan por sí mismas su salvación, sin depender de la humanidad de Cristo.¹³ De modo que la centralidad histórica de Cristo no ha de ensombrecer estas otras mediaciones.

Con diversas variantes, y en franco diálogo con Roma, sus posiciones constituyen una real novedad, que va más allá de las afirmaciones conciliares sobre el diálogo interreligioso.

Ya no hay tolerancia benevolente *de facto*, sino aceptación *de jure* de esta pluralidad salvífica de las diversas tradiciones religiosas. Se disuelve en parte, en esta posición, la única mediación del Verbo encarnado en el hombre singular Jesucristo (1Tim.2,5: “Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre él también”; Jn 14,6: “yo soy el camino, la verdad y la vida”).

Vemos en Dupuis una suerte de *hybris* para conocer, sugerir y justificar con cierto detalle los caminos de gracia misteriosos que Dios tiene más allá de la Iglesia visible, al costo de devaluar el alcance y la eficacia de la mediación universal de la humanidad de Cristo, mostrado por el Nuevo Testamento y corroborado por Nicea y los concilios posteriores.

José Antonio Pagola – *Jesús: aproximación histórica*

Elegimos este muy bello libro de José Antonio Pagola a modo de ejemplo, para considerar no sus muchas virtudes, sino sus omisiones, que muestran una cierta fractura entre el Jesús histórico y el Cristo creído. Pagola es un notable expositor sintético y con frescura de mucha exégesis contemporánea.

Comenzamos por los *relatos de Infancia*. Estos relatos, sólo mencionados en nota,¹⁴ pertenecerían al género del *Midrash*, que describen el nacimiento de

¹² J. Dupuis, TP 439-444.

¹³ J. Dupuis, TP 480-485.

¹⁴ J.A. Pagola, *Jesús, Aproximación histórica*, Claretiana, 2009, p.41, n.1: en adelante JAP.

Jesús a la luz de hechos, personajes y textos del AT “no fueron redactados para informar sobre hechos ocurridos (probablemente se sabía poco), sino para proclamar la Buena Noticia de que Jesús es el Mesías davidico esperado en Israel y el Hijo de Dios nacido para salvar a la humanidad”. Resulta inquietante que títulos cristológicos de semejante envergadura (Mesías e Hijo de Dios), que designan la persona y función de Jesús, aparezcan en nota de letra pequeña y no en el texto principal.

Tanto Lucas como Mateo subrayan la concepción virginal de María y la creación del hombre Jesús por obra del Espíritu. También Marcos inicia su evangelio del “Mesías, Hijo de Dios” (Mc 1,1). Y Juan comienza su evangelio con su prólogo incomparable del Verbo junto a Dios (Jn 1,1 y ss.).

En este tema central, la concepción y el nacimiento de Jesús, Pagola nos deja con un cierto gusto a poco, a la hora de ver este comienzo de los evangelios referidos a Jesús Hijo del Padre. Pero, sin embargo, la hondura filial divina del bello Jesús de Pagola, aparece en cambio claramente con motivo del Bautismo (“Tú eres mi Hijo querido en quien me complazco”, Lc 3,22 y par.) y también al comentar el vocativo *Abbá*, entendido como cercanía e inmediatez con el Padre (Schlosser).¹⁵

Respecto a la *Condena* de Jesús, por parte del pequeño grupo del Sanedrín, el autor sostiene que ésta no se fundó en la acusación de ser Hijo de Dios, o Hijo del hombre, Mesías y blasfemo. Jesús no manifestaría una pretensión divina y nunca se pronunció abiertamente sobre su persona (mesiánica). Esta escena difícilmente podría ser histórica.¹⁶ Para el autor, no hay razones teológicas para rechazar a Jesús: sólo motivaciones políticas de los del Sanedrín y el arribista Pilatos, amigo del César que cuida su carrera.

Nos parece que el Nuevo Testamento, en cambio, deja la convicción de que el Sanedrín no toleraba al blasfemo que culminaba y cambiaba nada menos que el sentido de la Ley y el Templo (cf. Mc 14,60 y par., y también Hech 7,52ss.: lapidación de Esteban).

¹⁵ JAP, 335.

¹⁶ JAP, 399.

Respecto a la *Resurrección*, los relatos de apariciones son para el autor catequesis de experiencias.¹⁷ Con métodos históricos no sería posible presentar las experiencias del Resucitado.¹⁸ En los relatos es preciso ver que se trata de narraciones, no descripciones concretas. Recogen vivencias que recuerdan.¹⁹ Son encuentros, no históricos, ni constatables, ni verificables.²⁰ Cristo sale a su encuentro y muestra su presencia.²¹ Las cosas probablemente no ocurrieron exactamente así en los encuentros.²² Con acierto afirma que se hace presente sin que lo esperaran.²³ La fe fue generada por el encuentro con el Resucitado, no por el sepulcro vacío.²⁴

Las palabras de Jesús que cada evangelista pone en boca del Resucitado no son términos pronunciados por Jesús en una aparición. Cada evangelista usa su propio lenguaje para subrayar aspectos de la misión.²⁵

De estas afirmaciones del autor colegimos aspectos bien positivos, como la categoría de encuentro (cf. H.Kessler, H.U. von Balthasar, J. Picard) del Resucitado, y su carácter de inesperado, y al mismo tiempo suscita perplejidad e inquietud la afirmación tajante de su no historicidad, que pediría muchos más matices, ausentes en la exposición del autor.

Conclusión

Este breve sobrevuelo sobre algunos autores posteriores al siglo XVIII, y otros contemporáneos nuestros, nos ayuda a reconocer el *criterio niceno* como brújula o guía, que ayuda a reconocer el *homousios* de Nicea como una cristalización de la revelación del Nuevo Testamento. Nuestra lectura del Nuevo

¹⁷ JAP, 439, n. 17.

¹⁸ JAP, 441.

¹⁹ JAP, 447, 448, n. 39.

²⁰ JAP, 448.

²¹ JAP, 448, n. 43.

²² JAP, 448.

²³ JAP, 449, n. 39.

²⁴ JAP, 455.

²⁵ JAP, 450, n. 48.

Testamento se encuentra ayudada y aún más, precisada, por Nicea, en su reconocimiento de *la plena divinidad del Hijo que se encarna por nuestra salvación*. El desconocimiento o supresión de la verdadera y propia divinidad del Hijo destruye el misterio de la Trinidad a secas, tanto la Trinidad económica como la inmanente. Al suprimirse el misterio de la divinidad de Jesús, ello lleva, por consiguiente, a cuestionar su mediación salvífica ordenada al don del Espíritu filial, Espíritu de Jesucristo, que obra la gracia en el cristiano.

Jesús es Dios en sentido propio y absoluto, y su reconocimiento no nos impide una lectura de la economía de la salvación de envergadura, atenta a las misiones trinitarias del Hijo y del Espíritu, misiones desde el Padre, origen sin origen. Es desde ellas, desde la Trinidad económica, que conocemos el misterio de la Trinidad inmanente en sí misma. El don del Hijo y el don del Espíritu, reflejados en el Nuevo Testamento, nos muestran la plenitud de la vida intratrinitaria de amor de Dios, que se participa y abre a nosotros en la creación y en las misiones trinitarias del Hijo y del Espíritu. Ellas obran la salvación y el don de la filiación adoptiva en el Hijo, para que recibamos la misma vida filial divina de gracia. El mundo litúrgico sacramental prolonga las misiones trinitarias en el tiempo y el espacio hasta la Parusía, la vuelta del Resucitado hoy presente a la derecha del Padre, y comunicado a nosotros por el Espíritu de Jesús.

La inquietud legítima de pensar e indagar el cómo de una universalización de la salvación a tantas personas que no han escuchado el nombre de Cristo, que guía el pensamiento de alguno de los autores considerados, invita a reflexionar sobre los caminos misteriosos de la gracia, que es siempre *gracia de Jesucristo Hijo encarnado y de su Espíritu*. En un mundo globalizado y muy conectado, esta tarea comprensiblemente se hace más urgente. Nicea nos recuerda siempre, sin embargo, la consistencia y hondura filial del Hijo, profundidad que es teológica y aún ontológica, y por consiguiente nos recuerda cómo la salvación de gracia que nos regala es para ser hijos en El y gozar de la vida final trinitaria cuando vuelva en el último día, a abrirnos el acceso a la patria definitiva (1 Co 15,22 y ss.).